
**Palabras de circunstancia para agradecer
la otorgación del Premio Nacional de
Periodismo, 2018**

Lic. Lupe Cajías

Asociación de Periodistas de La Paz,
7 de diciembre de 2018

Muy buenas noches:

Gracias a todos por su presencia en este fin de jornada de una semana turbulenta; gracias por su tiempo. En similar contexto estrené mis reportajes hace cuatro décadas. Todo indica que la violencia será el signo de los próximos meses.

Quisiera centrar mi reflexión en el don máspreciado que nos distingue de otros mamíferos: la posibilidad de ejercer el libre albedrío.

La libertad: la libertad de pensar, la libertad de opinar, la libertad de expresión, la libertad de prensa, la libertad de multiplicar las ideas a través de medios masivos; la libertad con responsabilidad. La libertad de la palabra es la generadora de todas las grandes potencialidades del ser humano; particularmente del periodista.

Estamos en el recinto de la Asociación de Periodistas, fundada hace casi 90 años, faro que guía a la prensa paceña y a la prensa boliviana como trinchera permanente frente a los abusos del poder.

Desde hace casi tres décadas, se otorga el premio nacional de periodismo como máxima distinción en el país. Además, se entregan otras medallas a colegas que con sus obras han ayudado a la defensa de las libertades democráticas.

Felicidades a los galardonados de esta gestión; qué lindo compartir con todos ustedes.

Soy la primera persona que recibe la presea que ya lució su padre, Huáscar Cajías, el sabio que predicó y practicó con sus hijos, alumnos y reporteros el respeto a la libertad de pensamiento.

Recuerdo que Jacobo Libermann, presidente del Tribunal de Honor de mi primera gestión al frente de la APLP, me recordaba que era yo muy joven para semejante cargo y me decía:

“Tú no tienes un nombre qué defender. Tú tienes que defender un apellido”.

La lista de premiados desde 1989, encabezada por Alberto Zuazo, tiene un denominador común: la defensa de la libertad de opinión.

También es ineludible tocar otra circunstancia: Soy la tercera mujer en lucir esta medalla, después de otras luchadoras de la libertad de prensa. No fue ni es ni será igual para un varón que para una madre ejercer el bello oficio, como lo definió Albert Camus y lo reiteraba Gabriel García Márquez.

Una reportera necesita tener un frente interno amoroso, y contenido para poder trabajar a plenitud. Así es. Por ello siempre tengo, en mi corazón y en mi mente, a mi compañero de vida y a mis hijos, porque sin su respaldo cotidiano no podría estar acá. Estoy en este atril porque gocé de un amplio ambiente de libertad para escribir.

Desde bebés se acostumbraron a estar a mi lado mientras tecleaba en la vieja máquina Brother que me regaló papá. Tengo originales manchados con sus papillas, rayados con sus primeros intentos de expresión. Inolvidables seminarios para periodistas donde me

acompañaron: Trinidad, Tupiza, Tarija, Oruro, etc.

Cuántas veces hicieron tareas en la antigua sede de la Asociación, en la calle Comercio, mientras yo atendía algún seminario o alguna reunión. Por mi parte, siempre rechacé puestos ejecutivos que me hubiesen obligado a turnos dominicales o a trasnochar. A veces, las propias colegas mujeres no entendían mi opción, opción que pude elegir porque tenía el respaldo de mi esposo.

Una opción que vino con otra característica particular: pertenezco a la primera generación de periodistas con título en comunicación social. No solo me tocó producir mensajes, sino analizar a los medios de comunicación. Una hidra de dos cabezas, una situación más de una vez paradójica, casi esquizofrénica.

Soy parte de una camada que tuvo como ejemplo de trabajo a la “generación de oro del periodismo boliviano”, aquella que fue exiliada por las dictaduras militares. Quería ser así, valiente y pulcra, guerrera. Luchar por la libertad, aunque esa meta siempre sea una línea vaga que se esconde en el horizonte.

Me estrené como periodista cuando amanecía la democracia, en 1978. Todo era una aventura y una utopía: el retorno de los exiliados, los presos políticos liberados, las asambleas sindicales, los universitarios en tropel.

Recuerdo que ese año Humberto Vacaflor, frente al “lechingrado”, donde muchos esperábamos las noticias del día, me invitó a entrar a la Asociación de Periodistas. Atrevida, le dije que era una entidad elitista. Me respondió “mejor entras y desde ahí luchas”. Me reiteró que la APLP siempre enfrentó a las dictaduras. Fue también Vacaflor el que me confió una cartera en su

directorio en 1990, y en 1992 impulsó mi candidatura como presidenta de la APLP.

Juan Cristóbal Soruco, compañero de curso, inauguró el año pasado el reconocimiento a esta generación de licenciados. Con su discurso nos motivó a pensar en el futuro de esta profesión. La propia APLP lleva el nombre de “periodistas” pero se nutre de jóvenes “comunicadores”. Existe un debate irresuelto de quiénes son o no son periodistas. ¿Debe o no la APLP albergar a titulados que ejercen sus carreras en la publicidad o en el marketing? Hay como un celo de mirar con desprecio al “comunicador” que no fue nunca reportero de calle, como un médico sin años de provincia. Habrá que conversar sobre ese dilema.

Me tocó desarrollar mi trabajo en un momento de apogeo de la prensa boliviana, cuando las encuestas mostraban año tras año la altísima aprobación y confianza de la población en los medios de comunicación, el respeto a los periodistas.

Cada uno tenía el orgullo de decir: soy periodista, periodista boliviano y las puertas se abrían como por la magia del abracadabra. Dentro y fuera del país. Podíamos ser parte de ese contexto favorable por una razón principal: porque ejercíamos el trabajo en un ambiente de libertad y tolerancia. No puede haber calidad en un reportaje, en una crónica, sin libertad. No puede haber periodismo de investigación sin pleno acceso a las fuentes primarias y secundarias.

Aquí hago un alto para agradecer a la vida y a quienes me tocaron como guías, desde mi primer trabajo práctico, junto al equipo de Daniel Samper en *El Tiempo* de Bogotá, hasta la fecha. Gracias a ellos pude mantener mi mismidad, que es este esqueleto que me permite seguir sin agachar la cabeza.

Mariano Baptista y Luis Quezada, en *Última Hora*, donde recibí mi primer salario. Ellos nunca me borraron una idea. Antes bien me confiaron tareas relevantes, pese a mis 22 años. El periódico pertenecía a Mario Mercado y yo llegaba del exilio banzerista. Sin embargo, nadie me puso bozal.

Eduardo Pérez, director en la emisora jesuita radio *Fides*, donde comencé con mi programa cultural, dentro de los cambios de estilo que él vanguardizaba, no me censuró una palabra. Exigía un audio impecable, no una rodilla doblada.

Casi al mismo tiempo, Edgardo Vázquez, prinista, me invitó a formar parte de los fundadores del semanario *Aquí*, junto con el sacerdote Luis Espinal y el guevarista Antonio Peredo. También ahí tenía el goce de debatir temas y asuntos sin que nadie se enojara. Reía con cada caricatura que iría en la siguiente portada.

Trabajar en medios con matices tan diferenciados no representó ninguna contradicción. Mi guía era mi padre y sus sabias palabras: “Más vale ser un periodista pobre que un pobre periodista”.

Cómo no agradecer a la familia Canelas que me ampara desde diferentes espacios desde hace décadas: a don Pedro Rivero y a sus hijos que me dan la oportunidad de publicar amplios reportajes; a la familia Miralles con la cual difundí mis artículos culturales para el suplemento *El duende*; a los dueños de pequeños medios donde me encanta publicar y llegar a las audiencias en las orillas de la nación, de Villazón a Guayaramerín. Puedo asegurar que ningún jefe intentó amordazar mi palabra.

Por mi parte, procuré ejercer esa libertad con responsabilidad, sin insultos, ni

interrogatorios, sin tongos, ni acuerdos oscuros, con sustantivos más que con adjetivos. Así me enseñaron mis padres libertarios José Martí y Rafael Barret.

Por ello también agradezco a Carlos Mesa, con quien difiero en tantos asuntos, pero quien como presidente de la nación no puso trabas a mis investigaciones en el Estado. Me confió la tarea más difícil y a la vez me respaldó en los informes más polémicos. Pocas personas respetan tan profundamente como él la palabra ajena, la opinión del otro.

¿Pueden gozar actualmente los periodistas bolivianos de ese mismo ambiente en todos los medios de comunicación del país?

Alguien dirá que acá los narcos no asesinan a radialistas como en México, o que nadie ordena cortar en pedazos a un columnista como en Arabia Saudita. No hemos llegado a esos extremos. Tampoco hay leyes de censura. La lucha de la APLP y del gremio impidió la aprobación de normas que de una u otra manera sutil querían controlar las libertades democráticas.

Al mismo tiempo, al comparar la actual libertad de expresión en Bolivia con los estándares más altos de libertad de opinión y de prensa, como el ejemplo uruguayo, compruebo que el sitio boliviano está al ras del suelo. Así lo confirman los índices internacionales sobre la libertad de prensa.

Cuando contrasto la historia del periodismo boliviano, constato que el gobierno del Movimiento al Socialismo no gusta de la prensa libre. Está equivocado el presidente y dirigente de los cocaleros, Evo Morales, cuando califica a los medios de comunicación como a su peor enemigo. Los medios no son enemigos de Morales. En cambio, Morales y, sobre todo, Álvaro García Linera,

son enemigos de la libertad de prensa en Bolivia. En 36 años de democracia, ningún otro vicepresidente interfirió tanto con el quehacer periodístico.

No quiero dejar de nombrar a otros casos odiosos como el del alcalde Percy Fernández, sus rabietas y ofensas permanentes a la dignidad del periodista, especialmente al pudor de la mujer periodista. Tampoco dejo de lado los nuevos factores de presión como los poderes fácticos que quieren controlar las redes sociales o impiden el ejercicio de otras voces, como sucede en el Chapare o como instruyen a los policías.

Me centro en el Poder Ejecutivo y en el Movimiento al Socialismo porque sus efectos son de largo alcance y de tal profundidad que pueden derivar en lamentables circunstancias. Aquí, en esta testera, solíamos compartir con jefes de Estado, con ministros, con diferentes expresiones ideológicas y partidarias. Ahora es imposible, o nos hincamos o somos adversarios.

Las sucesivas ministras de comunicación no ayudan al periodista a conseguir información. Prefieren aparecer para confrontar. Atrás quedaron las épocas de los *briefings* meridianos en el Palacio de Gobierno, de las conferencias de prensa donde se podían hacer preguntas.

La prensa boliviana nació política, incluso partidaria, como sucedió en la Europa del renacimiento, durante la Revolución Francesa o en la época de las luchas independentistas en el continente. Muchos periódicos eran expresión de las fracciones que disputaban el poder político como lo demostró en su momento Gabriel René Moreno.

Los partidos políticos, que surgieron después de la Guerra del Chaco y que se turnaron

en el poder hasta 2005 tuvieron entre sus fundadores a periodistas y manejaron la prensa para difundir sus ideas. No es el temor a que los medios tengan sus opiniones divergentes o subjetivas lo que nos alarma. Son necesarias las muchas voces, aun las que no compartimos, las más estridentes. Nuestra permanente denuncia es contra el creciente intento de cercar esas múltiples voces, el intento de acallarlas.

En varias ocasiones, partidos políticos compraron periódicos o radios, pero casi siempre fracasaron en sus intentos de controlar la opinión pública. No pasaba nada, una anécdota más.

Desde 2006, el panorama es diferente. Se suceden compras enmascaradas de periódicos, de canales de televisión, de radioemisoras. Detrás está el rumor, el susurro sobre los verdaderos dueños, los que definen los titulares de portada, las campañas contra alguna persona o contra alguna entidad.

Hay un canal financiado por Irán y parece que ni nos inmutamos, aunque al mismo tiempo aparece ligado a la fundación poco transparente del propio primer mandatario y con personeros enredados en directorios de compras y ventas, de empresas en manos de venezolanos, o de empresarios del oficialismo.

El canal estatal, con personal que financiamos los contribuyentes legales —no los gremialistas ni los cooperativistas mineros y menos los cocalleros o los contrabandistas—, es ahora un *cato* privado del MAS y repetidor de programas que alaban a Nicolás Maduro, un presidente de otro país.

Hay radios en toda el área rural que han sido cooptadas por el Estado, por el Ministerio

de Comunicación. Han anulado la prensa alternativa de los años ochenta. No son ni comunitarias, ni de los sindicatos; son repetidoras de la emisora estatal, pagadas por el ciudadano común, pero apropiadas por el MAS.

Los reporteros acreditados en el palacio de Evo soportan cotidianamente a un presidente que humilla a un redactor o que riñe al corresponsal cuando le hace la pregunta incómoda, o que ironiza sobre las labores de una radioemisora.

Quisiera regresar a 1978, recordar a esos periódicos y a esas radios que acompañaron a las mujeres mineras para iniciar un proceso democrático sin perseguidos políticos, sin exiliados y sin partidos prohibidos. Quisiera que igual que entonces los periodistas seamos los principales centinelas para impedir el fraude que se prepara. Entonces era “verde es mi color”, hoy es azul, una “bandera azul”, muchos de cuyos metros son cosidos por obligación, que ha violentado la Constitución Política del Estado y con ello todas las reglas para la convivencia pacífica.

Nunca fui neutral en mi vida, no lo soy ahora. Si queremos tener alguna esperanza, hay que evitar el fraude del próximo año. Cada elector, cada periodista debe ser un centinela

de su propio voto y de la participación ciudadana. Pertenezco a la generación de la máquina de escribir, con algún tardío aprendizaje en la computadora, pero soy analfabeta digital. Los soportes cambian, el espacio y el tiempo se han reducido. Son los jóvenes los que deben enfrentar ese desafío. Lo que no cambia desde hace tres mil años es la búsqueda de la verdad y el compromiso con el bien común.

En medio de mi actual pesimismo, aún creo vislumbrar una luz, una trinchera que nos salve del abismo y que permita que el próximo año, una vez más, brindemos todos juntos y en paz en nuestra querida Asociación de Periodistas.

Qué mejor terminar con la frase del Quijote a Sancho y que tanto repetía mi querido maestro Luis Ramiro Beltrán:

“La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres les dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida. Por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres”.

Muchas gracias